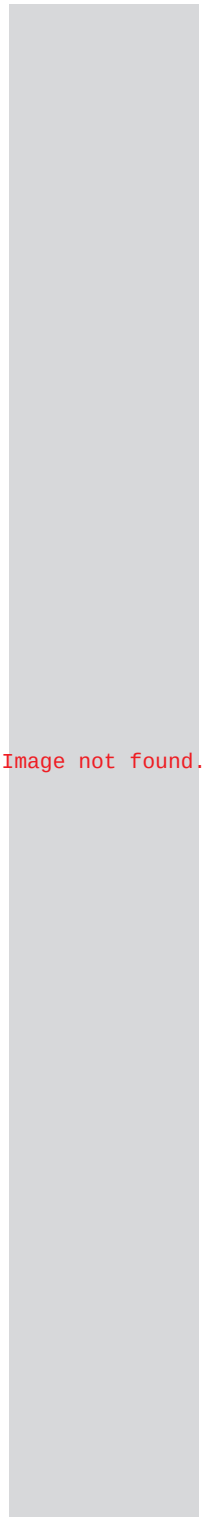
Fénix Fatuo: La Lluvia de Ascuas

Romelt Diaz



Capítulo 1

Prólogo

–¿Por qué, de todos los castigos y torturas que pueden atormentar a un cuerpo, he tenido que ser castigada con la única que atormenta al alma?–las palabras de Tellus rebotaron en el frío rostro tallado en mármol. No sabría decir si esa frialdad se debía al material del cual estaba hecho o porque el tallado imitaba a la perfección a su modelo.

Agachó la cabeza y posó su mirada en sus manos que cubrían sus rodillas hincadas.

–Tú eres el único por el cual he hecho que mis rodillas besen lo que creé.

Se levantó, haciendo rechinar sus tan desgastadas articulaciones. Le gustaban los cuerpos humanos ancianos, la hacían sentir incapacitada. De esa forma, no volvería a pecar de soberbia, y no tendría que volver a elegir más nunca.

La luz verde proveniente de las velas iluminaba a penas lo suficiente para distinguir los relieves de todos los objetos del altar. No era importante ver si todo seguía ahí. De los tres que sabían dónde se encontraba, estaba segura que sólo ella lo visitaría.

Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la salida. Un destello verde a su derecha la detuvo. Retrocedió un paso y volteó su cara hacia dónde lo había visto. Se quitó el mechón de pelo blanco que cubría su ojo derecho. El espejo quebrado reflejaba perfectamente su penetrante mirada verde en medio de la arrugada piel blanca. Tal vez lo último que quedaba de ella.

Se forzó a cerrar los ojos y a continuar su salida. Abrió un poco la puerta de madera chillona; los rayos de la luna cubrieron su cara. Abrió la puerta completamente y se quedó de pie frente al astro, desafiante. En ese momento, un chasquido proveniente del interior del altar atrajo su atención. Atrás, a su izquierda, del farol que había permanecido en las sombras, una llama blanca nació. Iluminó todo el altar. Tellus pasó su mirada por todas las paredes de piedra del interior, y la detuvo de nuevo en el busto. Sonrió.

Ha llegado el momento de recuperar lo nuestro.

–Tendrás luz por unos cuantos años –levantó su mano izquierda y chasqueó los dedos; las dos velas verdes se apagaron–. Ya no necesitarás

esto… por el momento.

Tellus vaciló.

Miró de nuevo al rostro de mármol. Luego pasó su mirada al farol y por último a la luna. Su sonrisa se convirtió en una risa.

–¿Quién lo diría?... juntos de nuevo.

Cerró los ojos y borró su sonrisa.

–De todos los castigos y torturas… ¿por qué la inmortalidad?

Capítulo 2

Primera Parte:

Premoniciones del pasado

A veces me pregunto qué he hecho para merecer esto, luego recuerdo.

¡Oh, queridos! Y lo que me falta por hacer…

Dicen que los humanos son los únicos que se tropiezan con la misma piedra dos veces, eso es sólo porque nosotros los "dioses" nos tropezamos con cosas más grandes.

I

–El mundo blanco y negro; la sangre no debe ser vista. El sonido cautivo; la herejía no debe ser escuchada –el susurro se apagó tan súbito como llegó. Ahora sólo oscuridad.

Una explosión de luz abrió la puerta. Estaba protegida con una silla desde el interior de la casa. Un hombre con una armadura completa sin casco ni guanteletes entró con un sable desenfundado; se encontró con tres mujeres retiradas hacia el fondo de la sala, estaban llorando. La piedad del hombre, al igual que el sonido y el color, no estaba.

De nada sirvieron las manos de las mujeres que cubrían sus caras y sus muslos. La espada, con gran facilidad y firmeza, separó las cabezas llenas de terror y los brazos desesperados de sus cuerpos. El lugar se llenó de sangre. El hombre, ahora con la armadura ensangrentada, miró su obra sonriendo y subió las escaleras con calma. Dejó huellas del líquido viscoso en cada escalón.

Se encontró un pasillo con numerosas puertas a ambos lados. Había velas encima de los marcos. Avanzó y entró en la segunda puerta a la derecha, la cual tenía su vela en reposo.

Una mujer delgada con un vestido blanco corto estaba recostada a un armario de madera, parecía estar llorando. No se movió de ese lugar cuando el hombre entró. Éste se acercó corriendo a ella y la sujetó del cuello. Cuando lo hizo, sus dedos se carbonizaron. El caballero retiró su

mano inmediatamente; la mujer cayó. Se quedó viendo la mano quemada por un segundo, luego agarró a la mujer del pelo y la arrastró fuera de la habitación.

Los forcejeos de la mujer eran inútiles ante la fuerza del hombre. Estos se detuvieron cuando ella, luego de bajar las escaleras a rastras, vio los cuerpos desmembrados. Estaban extendidos en la esquina de la sala. Sólo pudo derramar unas lágrimas que interrumpieron el mar viscoso que cubría uniformemente la madera del suelo.

Fuera de la casa se encontraba una muchedumbre. Las personas alzaron los brazos vigorosamente, e intercambiaron abrazos empapados en lágrimas cuando el hombre salió de la casa con la mujer a rastras. Un adolescente que sostenía temblorosamente un arco con joyería se acercó al héroe local, se lo intercambió por el sable teñido ensangrentado, y se fue como huyendo.

Dos hombres corpulentos vestidos de telas blancas y cota de malla salieron de la multitud. Ayudaron a amarrarle las manos a la prisionera. Mientras le hacían los nudos, ella sólo pudo dejar fija su mirada en el círculo con dos puntos a sus lados, pintado bruscamente en el peto de sus captores.

Luego de terminar el atado, se pusieron en marcha; la muchedumbre los siguió. Algunos encendieron antorchas que quemaban casi con la misma intensidad que su odio. El trayecto de los maderos y las almas ardiendo se proyectaba hacia la cima de una gran colina que estaba en el centro del lugar.

El sol ya se ocultaba tras las montañas; la luna ya se descubría en el opuesto horizonte con un puñado de estrellas siguiéndola tímidamente. Algunas gotas de lluvia bañaban el valle con gran delicadeza, en conjunto con el viento frio que azotaba el valle, incapaz de despeinar el césped. Era un encuentro peculiar de distintas pinturas que hicieron del cielo un lienzo que ningún hombre podría ser capaz de igualar. Era lo único que le daba color al mundo.

La multitud fiera, lejos de apreciar el hermoso espectáculo que se cernía sobre ellos, se encontraba ciega por el temor y la ira. Afortunadamente, el firmamento se encontraba lo suficientemente apartado como para no mancharse con des perfección humana.

Una vez en la cima, el hombre se detuvo y, halando el cabello, tiró a la mujer encima de una gran lona hecha de cuero, la cual tenía inscripciones de un sistema alfabético ya extinto desde hace siglos grabadas en los bordes y manchas de sangre seca por toda la superficie.

La mujer parecía estar rogando por su vida, la multitud parecía corear, el viento y la lluvia azotaban con mayor fuerza. El hombre sólo paseaba su mirada por todo el lugar, parecía estar tatuando el momento en su memoria.

En medio de movimientos desesperados que anhelaban la libertad, la mujer levantó la mirada hacia la multitud, ésta se quedó callada inmediatamente. Los grandes, penetrantes y profundos ojos rojos de la mujer se abrieron y expusieron ante todos. Era imposible verlos y no sentir que podían observarlo todo: desde los últimos vestigios del sol entre las montañas hasta lo más profundo del alma mortal que osara verlos. El carmesí de los ojos de la doncella le iluminaba el rostro, dándole un aspecto exótico y sombrío. Parecían tener luz propia.

Luego de segundos que parecieron minutos, desde los celajes hasta el césped, el color y el sonido regresaron al mundo haraganamente. El silencio absoluto que había gobernado se vio derrocado por el rocío que encontraba el final de su viaje en el pasto; el blanquinegro que había pintado la existencia se vio cubierto por todos los colores que demandaba la vana naturaleza.

La multitud, ahora, sostenía leños quemados en lugar de antorchas. El viento hizo silbar las copas de los lejanos árboles que eran testigos de la barbarie humana y de los inertes cuerpos que habían sido despojados de su espíritu humano. La oscuridad de la noche hizo acto de presencia, cubriendo todo el valle (ella menos que nadie querría perderse la ceremonia). Sólo la luz argenta de la luna le hacía frente.

El hombre al lado de la prisionera era el único que parecía no estar hechizado en ese instante. Luego, con una sonrisa asomada en su rostro, en un rápido movimiento de brazo, cogió el arco y de la nada hizo aparecer tres flechas plateadas en su mano.

Con un último vistazo a la multitud hipnotizada, lanzó una flecha al firmamento, iluminándolo momentáneamente, al mismo tiempo que rompía el trance general. Acto seguido, las flechas restantes se desplazaban en el aire.

El movimiento de las flechas parecía verse en cámara lenta. Éstas giraban sobre su propio eje (se podría pensar que desgarraban el aire) a la vez que dejaban un rastro de luz a su paso, con un objetivo claro. Como dos dardos que se dirigen a sus blancos, las flechas se abrían paso a los penetrantes ojos.

–¡AH! –se escuchó el grito de una mujer. Sacó súbitamente a Paul de su

sueño.

Estaba de nuevo en su cuarto, acostado. Tenía el ritmo cardiaco acelerado, toda la ropa sudada y las venas de su cabeza palpitando. Levantó su torso, temblando. Su mano derecha en la cabeza.

Con la visión nublosa y distorsionada, pudo ver a través de la ventana, del fondo de su cuarto en el segundo piso, como el sol a penas se comenzaba a asomar en el horizonte. Su cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos ante la luz.

De repente sintió un leve cosquilleo debajo de su piel. Pasó de ser suave a doloroso en sólo unos segundos. Cayó de nuevo en la cama, ahora con la mirada en el techo y los dientes apretados. Escuchó unos suaves pasos acercándose a él por la derecha (el lado del cuarto dónde estaba la puerta). Intentó voltear la mirada, pero los músculos de su cuello no respondieron.

El pánico se apoderó de Paul.

Intentó mover todos los músculos de su cuerpo; sólo los parpados y la boca le respondieron. Para pedir ayuda, aflojó los dientes para soltar el grito que había estado conteniendo, pero lo único que salió fue una pequeña exhalación.

Los pasos a su derecha se fueron haciendo más cercanos.

Luego de segundos eternos de lucha contra su propio cuerpo, el cuello le respondió, le permitió moverlo hacia el sonido.

Confusión y sorpresa. Luego más pánico.

Una mujer frágil caminaba lentamente hacia él. Su cabello era tan blanco como su piel y su vestido corto.

Era la mujer del sueño, de eso no había duda.

El rojo resaltaba escalofriante en su rostro. El iris, a diferencia del sueño, ya no era la fuente del color rojo. Era la sangre que emanaba lenta y viscosa de las cuencas oculares.

La mujer, al darse cuenta que Paul la vio, repitió el grito que lo había despertado. Esta vez más fuerte.

Paul intentó regresar su cabeza a su antigua posición. El cuello le volvió a fallar. Sólo pudo pestañear frustrado ante la traición de todos sus músculos. En ese momento sintió que el dolor corporal desaparecía. De

nuevo el cosquilleo. Luego una explosión.

Sintió al Magter aparecer en todo su cuerpo. La sustancia llenó rápidamente todo su cuerpo, usando su torrente sanguíneo. Los músculos volvieron a ser suyos, con más fuerza.

Continuó inmóvil en la cama, impotente.

Ya no era la indiferencia de su cuerpo la que lo mantenía postrado. Sentía cada uno de sus músculos y les podía dar órdenes. Sin embargo, una fuerza invisible lo presionaba hacia el colchón, hacía que lo único que pudieran hacer sus extremidades fuera temblar mientras las venas marcaban relieve en ellas.

La explosión de Magter también agudizó sus sentidos. La habitación se volvió más fría, el sonido de los pasos en la madera se hizo más fuerte, un ligero sabor a vómito cobró vida en su la parte trasera de su lengua, y su vista captó con más detalle los rasgos faciales de la mujer que acababa de detener el paso a su lado.

Las gotas de sangre cayeron directo en el rostro de Paul.

Intentó gritar de nuevo, tuvo mejor suerte que antes. Salió un pequeño silbido.

La mujer levantó su mano derecha. Puso su dedo índice sobre sus labios.

–*Tranquilo, ya nos toca. Escuchó un susurro familiar en su cabeza.*

La mujer movió su mano derecha y tapó los ojos llorosos de Paul.

Capítulo 3

O mueres "joven" y los humanos levantan religiones, cultos y leyendas en tu nombre o vives lo suficiente entre ellos, cuidándolos, para que se olviden de ti.

II

Hacía ya dos días que Neige y Pierre habían entrado al bosque Crassit. Bajaron desde Páramo Plateado, usando Cordillera Valgivreana, hasta llegar al extremo sur de la misma, el cual permite acceder, a través del bosque, a Thala. Es la ruta común entre mercaderes que no quieren pagar aranceles, exiliados políticos, ladrones y todo aquel que no desee cruzar por la frontera del norte.

Neige ya tenía su cabellera blanca llena de tierra y fragmentos de hojas secas. En momentos como este era cuando deseaba tener la cabellera negra de su hermano. Aunque la suciedad era la más pequeña de las preocupaciones que le había causado el color de su cabello.

Ya había dejado de tratar de no manchar su escarchado vestido azul corto y de cuidar sus medias pantis; ya no necesitaba conservar el glamour de la realeza.

–Creo que estamos algo perdidos… –dijo Neige a su hermano en su lengua natal, Givreno.

–Tranquila, sé dónde estamos –le respondió Pierre.

–Lo dices todo el tiempo…

–Es verdad, estoy seguro.

Sabía que esto pasaría, tendría que haber agarrado el mapa yo misma.

Era la primera vez que salían del páramo sin Sieur Franc o Mme. Coullet. Y aunque la cruda realidad era evidente, el miedo la tenía en completa negación. Además, su hermano no había mostrado señales de preocupación. Tal vez, después de todo, era posible que sí fuera sólo una evacuación por precaución, y luego podrían regresar.

–Y ahora, ¿sigues sabiendo dónde estamos? –dijo la Neige luego de horas de caminata muda.

–Eh… –vaciló Pierre, viendo el mapa y rascándose la nuca.

–Nunca sabes nada…

–Bien. ¡Entonces, hazlo tú misma!

–¿Pero qué puedo hacer? No estamos perdidos; estamos perdidísimos. ¡Es tu culpa! ¡No hay nada que hacer! –explotó Neige.

Pierre sólo le dirigió silencio y serenidad, como siempre.

Él no tiene la culpa, está en la misma situación que yo.

La primera noche del viaje, Neige no hacía más que llorar mientras caminaba, sin saber exactamente el porqué. De haber sido vista por algún campesino de los pueblos de la cordillera, habrían hecho de ella una leyenda, a la cual probablemente se le hubiera rendido tributo quemando arboles vestidos con pieles llenas de sumerio.

Los llantos se vieron reemplazados poco a poco por gritos y explosiones, resultado de batallas fortuitas con algunas criaturas que sólo había visto antes en libros: danshees (insectos que parecen flotar sobre la hierba, esto se debe a que se mueven entre los arboles con gran velocidad con sus extremidades largas y verdes), lantes (felinos que poseen la capacidad de camuflar su pelaje y un esqueleto muy flexible) y tites (escarabajos gigantes que usan gases y sonidos para sedar a sus presas). Y a pesar de que tenían más de un día que sólo se encontraban con ardillas, aves silvestres y osos dormidos, el estado de alerta en su cuerpo no se apagaba en ningún momento.

En lo que llevaban de viaje, los sonidos de los animales de la noche y el temor a perderse en el bosque (el más grande del planeta explorado) los acompañaron por no se sabe cuánto tiempo. Era difícil tener una noción del tiempo que no fuera "Hora de caminar/Hora de descansar", aunque esas horas de descanso consistieran en intentar dormir y levantarse con la varita empuñada por cualquier sonido minúsculo. Sus temblorosas manos y la estética de su rostro ya le pedían una buena siesta.

Es ridículo: ya amaneció y estos animales nocturnos se siguen escuchando.

A Neige sólo le tranquilizaba el hecho de tener suficientes provisiones para una semana más, el estar bien entrenados para combatir cualquier

criatura que le pudiera salir en esa zona del bosque y sus amplios conocimientos de herbología.

–Pierre –llamó con voz débil.

Pierre silbó.

–¿Crees que… estén vivos?

–El clero no es tan idiota. Les harán juicos públicos primero para disfrazar su golpe de estado, porque si no eso atentaría directamente contra lo que predican –dijo Pierre, a Neige le pareció que lo tenía ensayado.

–¿Podríamos intentar rescatarlos, no?

–Mira, Neige. No te voy a mentir –diciendo esto, Pierre detuvo su paso y dejó caer su maleta en las hojas caídas del bosque, Neige pudo ver cuán pesada era–. Tenemos que empezar de nuevo, en Thala lo podemos hacer, ahí el Clérigo no tiene tanto poder. Y si llega a pasar algo, nos vamos a Tierras Béticas o a Costa de León.

–Pero tenemos cinco generaciones reinando –dijo Neige, regresando al llanto–. Nos educaron para sacar adelante a Valgivre.

–Yo sé todo eso, Neige –dijo Pierre, acercándose y tomando firme pero al mismo tiempo suavemente a Neige por los hombros–. No creas que no me duele. Pero esto es así, olvídate de ninguna revolución o venganza. No tenemos ejército. Y es contra la religión más poderosa del mundo contra la cual nos enfrentaríamos.

Neige guardó silencio. Ahí, con el rostro firme de su hermano a pocos centímetros, sentía como sus palabras la abofeteaban. Todo eso ya lo sabían, sólo hacía falta que uno de los dos lo dijera en voz alta.

Vio los ojos aguados de su hermano y un nudo se apoderó de su garganta. Tuvo que bajar la mirada.

De repente sintió que las manos de su hermano, aunque fijas, temblaban un poco. *¿Frío?, ¿miedo?, ¿falta de sueño?... ¿impotencia? Pues ni yo sé por qué tiemblan las mías*, pensó Neige.

–¿Ustedes ya lo sabían? –preguntó.

Silencio.

–Ya sabían que esto pasaría… –dijo Neige, alzando la mirada– ¡Tú y Sieur

Franc y!… ¡la Guardia Real y!… ¡Y todos lo sabían!

Esta vez fue Pierre el que agachó la mirada.

Neige dio un paso atrás, soltándose del suave agarre de su hermano. De repente todo tenía sentido: sus padres habían estado pasando más tiempo con ellos, incluso su padre había dejado de lado sus responsabilidades con la Guardia Real para darles a ellos entrenamiento con arco y arma a una mano; habían hecho simulacros de escape por los pasadizos secretos del palacio; habían preparado equipajes de emergencia para no perder tiempo, en caso de emergencia, en hacer sus maletas. La noche de la toma del palacio, le había parecido que las precauciones habían sido una coincidencia enviada por Liunne.

Neige tapó su cara con ambas manos y empezó a disentir con la cabeza. Pierre la abrazó cálidamente; pudo sentir la quijada de su hermano en su cabeza. Pierre le dio un beso en la frente, la soltó y continuó caminando con el equipaje a sus espaldas.

–Ya hablaremos de esto luego, Neige –se detuvo y giró la cabeza un poco hacia ella, le agarró suavemente un mechón de pelo y lo miró unos segundos–. Los cazadores templarios deben estar intentando seguir nuestro rastro. He estado tapándolo con un hechizo, pero es mejor prevenir.

–¿Vamos a… sobrevivir?

Pierre volvió su cabeza hacia delante.

–¿Al bosque? Sí. ¿A la vida?... No sé. Al final todos morimos, ¿no?

Capítulo 4

Ya no me temen como lo que soy… como lo que era.

Sólo recuerdan y saben de mí algo que no soy, como algo que sólo existe en sus sueños y canciones.

III

Paul estaba caminando por el bosque. Todo el cuerpo adolorido y la cabeza dando vueltas.

Nunca en su vida había tenido una noche como esa. Se había levantado en el piso, mareado, y sin un recuerdo de algún sueño o de cómo llegó a parar ahí.

Cuando estuvo de frente al espejo, su preocupación aumentó. La piel trigueña de su rostro estaba pálida, sus ojos tenían unas prominentes ojeras, y su cabello castaño caía más oscuro sobre su frente.

Había bajado a comer. Evitó la mirada de su madre mientras engullía su comida y luego salió de la casa a caminar en el bosque. Dónde ahora se paseaba.

Las copas de los arboles evitaban que el sol de mediodía llegara a la hierba del bosque, lo cual hacía que éste fuera oscuro incluso durante el día. Esto, sumado a la extrema fertilidad del suelo, hacía que crecieran gran cantidad de hongos a los pies de los árboles y una suave alfombra verde que cubría casi toda la extensión del bosque Crassit, o al menos la explorada.

Paul solía hacer una caminata por el bosque casi todos los días. Si se junta con leer, recibir clases particulares de su madre y atender el huerto, describe a la perfección su rutina diaria. Era su actividad más repetida, pero a la vez la que más disfrutaba.

Se encontraba a menudo con mercaderes de todo tipo que hablaban con él a menudo. Le hablaban de negocios, política, anécdotas, "verdades" sobre el sistema e incluso hechizos. Estos los tenía memorizados para cuando su magter fuera explotable.

Estaba observando a una ardilla enterrar una nuez cuando escuchó un estornudo a la distancia. Se escondió detrás de un árbol y trató de divisar

la fuente.

Aunque tenía años tratando con gente que atravesaba el bosque, había que tener cuidado con los ladrones, asesinos y cirqueros que usaban el bosque como sendero. Estos últimos le atemorizaban en especial. Ya que hace años, uno lo había intentado apresar como esclavo.

Recortó espacio, moviéndose en silencio entre varios árboles. Le costó un poco, ya que aún estaba algo mareado. Pudo divisar que eran dos viajeros, una mujer y un hombre, más o menos de su edad; el hombre con cabello negro y la mujer…

¿Cabello blanco?

Paul vaciló.

A juzgar por su apariencia, deben ser exiliados políticos o hijos de mercaderes perdidos.

Cuando estaban a menos de 20 metros, salió a la vista de los viajeros. No sin antes trazar mentalmente una ruta de escape en caso de que fueran hostiles. El hombre, al verlo, frenó el paso de golpe y empuñó su varita en dirección a Paul.

–¡Tranquilo! ¡Tranquilo! –dijo Paul, levantando las manos desnudas–. No quiero hacerles daño.

Su compañera también tenía la varita en mano, pero sin apuntarla. Pudo notar que a ambos les temblaba el pulso, que sus ropas estaban muy arrugadas y que no se habían echado agua en días.

Mierda, están peor que yo.

La joven dijo algo en voz baja a su acompañante, el cual echó hacia atrás su cabeza como para escuchar mejor, pero sin despegar la vista de Paul o bajar la varita. Paul no pudo escuchar qué decía la chica, pero pudo notar el ligero sonido de la "R" haciéndose con la úvula, característico del Givreno. Cuando ella terminó de mover los labios, el brazo derecho que sostenía la varita bajó lentamente. La mirada no aflojó.

–Así es –dijo Paul, bajando los brazos y adoptando una postura más tranquila–. Vivo a unos cientos de metros de acá, vengan y los ayudaré. No tengo problema.

–¿Por qué nos ayudas? –Preguntó el hombre por fin, Paul temía que fueran forajidos que no dominaran el Thalo-. ¿Acaso nos conocemos?

–No. No tengo la más mínima idea de quienes son. Pero suelo ayudar a viajeros que no parezcan ser delincuentes, sólo porque sí.

Los viajeros se intercambiaron una rápida mirada y luego miraron a Paul otra vez, frunciendo el ceño.

–Lo digo en serio –dijo Paul, su voz cansada–. Sin embargo, mi bondad no llega a lambisconería. Así que si necesitan mi ayuda, vengan. No les voy a rogar todo el día.

Paul se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección a su casa; sólo escuchó sus propios pasos. Se dio la vuelta hacia el par.

–No quería decirlo, pero se ven horribles. En serio.

Ninguno de los dos se inmutó en absoluto, sus miradas seguían igual. Les dirigió una sonrisa, se dio la vuelta y volvió a caminar. Sólo escuchó sus propios pasos, nuevamente.

Puso los ojos en blanco y se dio la vuelta.

–Miren… –dijo luego de respirar hondo–. No tengo ni puta idea de quienes son, de verdad. Parecen agotados y buena gente, así que les tiendo mi mano para ayudarlos. He hecho esto con docenas de personas antes… Sólo vengan. Les daré una cama, algo de comida y un baño caliente –al decir esto, Paul parpadeó lentamente con la cara de medio lado, de forma que, desde el punto de vista de ellos, se viera un guiño de ojo.

La mujer levantó una ceja. El hombre frunció el ceño.

Paul les dio la espalda y caminó de nuevo en dirección a su casa. No escuchó más crujidos en las hojas caídas que los que causaban sus pies. Se llevó las manos a la cara y exhaló fuertemente. Se dio la vuelta, se dio cuenta que los viajeros ya lo habían empezado a seguir; levantó las cejas.

Joder… ¡Qué sigilo!

–¿Alguien que no sepa guiñar un ojo no puede ser peligroso, verdad? –preguntó Neige a Pierre en Givreno para que el amable extraño no entendiera.

–La verdad, no se ve peligroso. Pero igual hay que estar pendientes a cualquier cosa, sigue siendo extraño –respondió Pierre.

Neige asintió.

La cabaña, con el espacio alrededor despejado, parecía un ojo de huracán en medio de un torrente infinito de árboles gigantescos. Era sorprendente que hubiera un espacio tan grande en el cual el bosque perdiera contra los humanos.

–Bienvenidos –dijo Paul, abriéndoles la puerta. Era el nombre con el cual se había presentado el samaritano desconocido. Neige se sintió un poco incómoda al darle su verdadero nombre. No pensó con suficiente rapidez para darle uno falso. Pierre, al tener un nombre de pila tan común, no tuvo problemas con eso.

El olor a pino proveniente de las paredes chocó contra la nariz de Neige con una suave brusquedad.

Qué raro que la madera tenga aun el olor, esta cabaña debe ser vieja.

La fogata tímida emanaba un tenue sonido de leña ardiendo que siempre había reconfortado a Neige. La transportó por un momento a la fogata de su casa de estudio en el páramo, con su hermano y sus profesores, Sieur Franc y Mme. Coullet, que los formaban para reinar algún día.

–¡Hola! –El saludo la regresó a la realidad– Mucho gusto –dijo una señora, quitándose unos guantes de cocina–, mi nombre es Leilla.

Era una señora de estatura media, blanca, con unos hermosos ojos de un marrón tan claro que acariciaba el amarillo y una cabellera ondulada corta castaña. Tenía una sonrisa que le ocupaba toda la cara.

Le estrechó la mano a Pierre, y la afectividad amiga contagió a Pierre, quién saludó y se presentó amigablemente.

Luego volvió su sonrisa despreocupada hacia Neige. La señora reparó en su cabello blanco un momento y arqueó las cejas en señal de sorpresa, sin perder la sonrisa de su cara. También le tendió la mano.

–Muchos gusto a ti también, lindura.

–¡Ay! –Exclamó Neige, apretando la suave mano– Mucho gusto, Sra. Leilla. Mi nombre es Neige –esta vez, el decir su nombre no le generó molestia. Se sintió cómoda.

–Por favor, pasen –dijo la Sra. Leilla, señalando con un gesto amable a la sala de estar–. Dejen su equipaje por acá y descansen un rato.

–Muchas gracias –dijeron ambos hermanos al unísono.

Dejaron sus maletas al lado de la puerta principal y caminaron hacia la sala que la Sra. Leilla les había señalado. Al acercarse un poco, el calor de la chimenea la abrazó. Aunque el clima no era frío y la llama no era pujante, Neige se acercó buscando un abrazo más cálido. No era la necesidad de calentarse la que la empujó, fueron las ganas de tener algo de su hogar abrazándola, protegiéndola.

–Y… ¿Adónde se dirigen? –la pregunta de Paul la sacó de su burbuja. Por lo visto, a cinco días de distancia de su hogar, aun no estaba permitido soñar.

–Pues… –Neige dirigió la mirada a su hermano.

No sabía a dónde iban.

–Thala –respondió Pierre.

–¿Negocios? –Preguntó Paul, la mirada en las paredes. Estaba sentado en el brazo del sofá– ¿Mejor vida? ¿Huyendo, tal vez?...

Neige vaciló.

–¿Es necesario?–preguntó Pierre.

–No, no. Para nada –dijo Paul, manteniendo su postura relajada y negando con la cabeza–. Es sólo que me gusta… socializar con los aventureros de estos caminos. Suelen tener historias interesantes.

–Tal vez, lo que es para ti una historia interesante es una horrible y traumática para quien la vivió.

–Pierre, por favor –dijo Neige, poniéndole su mano en el hombro.

–No, está bien –dijo Paul, encogiéndose de hombros–. He sido un poco entrometido. Por favor siéntense y les traeré algo de beber –salió lentamente de la sala, sonriente.

Los hermanos se sentaron en el sillón. Pierre paseó su mirada examinadora y nerviosa por todo el lugar. Neige, por su parte, posó su mirada cansada en el ascua tenue de la chimenea. Se sintió hipnotizada otra vez. Pasó su mano lenta por el brazo del mueble; la detuvo de golpe.

–¡Pierre! ¡Mira estos muebles! –Le dijo a su hermano en Givreno–. Son de terciopelo magnolés, como los del palacio.

–Es sólo terciopelo –respondió luego de tocar sin cuidado dónde estaba sentado–. La gente lo usa mucho.

No sé para qué me molesto.

Ella sí podía diferenciar los diversos tipos de terciopelo. Le encantaba usarlo en vestidos formales y abrigos. Además, en el palacio había muebles, cortinas y estandartes hechos con él por petición de ella. Podía diferenciar el terciopelo común del de plumas de cuello de ganso de su vestido predilecto, o del de seda magnolés de las cortinas o del sofá dónde se encontraba sentada. Era un tipo de terciopelo que aunque no era raro, sí era costoso. No es algo que se esperaría encontrar en una cabaña en medio de la nada, y menos a esta escala.

–De igual manera, es muy costoso –dijo Neige.

–Al igual que una casa entera hecha de roble, que la varita de pino con punta de esmeralda que la señora tenía en su cintura y que las piedras cargadas que rodean la casa y la mantienen en un encantamiento de invisibilidad –dijo Pierre.

Alzó la ceja y sacó la varita. Neige pudo ver que la mano de su hermano se cerró con más fuerza por un segundo alrededor del granadillo negro de la varita. La turmalina de la punta no se iluminó.

Neige se empezó a parar lentamente. Pierre negó con la cabeza.

–Tranquila, no tenemos nada de qué preocuparnos.

Neige frunció el ceño y miró hacia los lados. Se volvió a sentar.

La confusión invadió, ahora sí, su cuerpo por completo. Era raro que en una situación que gritaba "¡Peligro!" por todos lados, su hermano, el desconfiado y examinador, guardara la varita en su bolsillo derecho y se recostara más al mueble, como si estuviera rodeado por la Guardia Real.

La Guardia Real nos traicionó…

Neige echó mano de su varita. Sintió el frío contacto de la madera de cerezo. Trató canalizar su magter en ella… nada.

Con las cejas arriba, sacó la varita del bolsillo. Se le quedó viendo, dándole vueltas por unos segundos, tratando de ver algún problema con las membranas del mango. Observó los pequeños puntos azules en la madera blanca, no vio nada fuera de lo normal.

Cerró los ojos y buscó en su interior el magter, lo sintió. Sin embargo, no recorría su cuerpo de manera normal, lo hacía mucho más lento y se

sentía inmanejable, insolente. Recordó cuando tenía 14 años, su magter estaba empezando a aparecer en su cuerpo, pero ella no estaba entrenada para poder manejarlo. Ahora igual que antes, aunque con cuatro años de entrenamiento y felicitaciones de sus maestros por el manejo impecable y preciso de su magia, no podía dar uso de él.

Abrió sus ojos y vio a Paul entrar en la sala, esta vez sosteniendo una bandeja pequeña con dos vasos ligeramente humeantes.

–Hola, de nuevo –dijo, acercando la bandeja a los hermanos–. Un poco de aguamiel tibio para calmar los nervios y agarrar energías. Cortesía de mi mamá.

Neige titubeó y tomó el vaso después que su hermano.

–Gracias –dijeron ambos.

–De nada –respondió Paul–. Traten de relajarse, les traeré algo de comer.

–No es necesario, gracias –dijo Pierre–. Nosotros traemos comida.

–Estoy seguro que preferirán algo recién hecho…

–¡Por supuesto! –se escuchó una voz masculina desde la puerta de la choza.

–¡Josef! –Exclamó Paul–. ¿Tan aburrido estabas sin las clases? –Soltó una risa.

–¡Qué ofensa! –Dijo Josef, sonriendo. Dirigió la mirada a Pierre y Neige–. Pues claro. Como tienes esto de posada, ya no recibes visitas.

La primera característica que notó Neige de Josef fueron sus zarcillos con una piedra. El derecho era amarillo, el izquierdo era rojo. Para gusto de Neige, no quedaban bien con su tono de piel moreno bronceado o sus ojos verdes, pero sí con su barba en línea que bajaba por el contorno de su mandíbula.

Éste avanzó hacia la sala. Se abrazó con Paul.

–¿Y mi vaso con aguamiel?

–Como no llegabas, se lo di a un viejito con sombrero que cargaba un burrito –dijo Paul, señalando hacia afuera de la casa–. El pobre animalito estaba cansado.

–¡Oh! Bueno… –dijo Josef, encogiéndose de hombros–. Vendré otro día, supongo.

–Bueno. La próxima vez avisa.

–Vale –dijo Josef, y se retiró.

Paul se volteó hacia Neige y Pierre. Sonrió.

La puerta se abrió. Esta vez Josef entró con un vaso igual al que tenían los Valgivreanos.

–¡Vaya suerte! El vaso estaba en el piso. No sé cómo no lo vi cuando llegué –Dijo, alzando el vaso–. Parece que el burrito era diabético, con razón estaba cansado –le dio un sorbo. Caminó hacia los forasteros, ignorando la sonrisa llena de confusión de Paul.

–¿Y no me vas a presentar a tus huéspedes?

–Él es Pierre, y ella es Neige. Apenas van llegando.

–Valgivre, ¿no? –preguntó Josef, al tiempo que se sentaba al lado de Pierre.

–Sí –respondió Neige.

–Voy a buscar los bocadillos –dijo Paul.

–Vaya con Liunne, hijo –dijo Josef, alzando el vaso para Paul, como si fuera una copa. Le dio un sorbo.

Al fin alguien que no se queda viendo mi pelo.

–Linda peluca –ahora alzó el vaso hacia ella. Le dio otro sorbo.

Ya decía yo.

–Mamá, sirve un poco más de bolitas de carne…

–Para Josef. Sí, ya sé –dijo Leilla, entregándole a su hijo la bandeja con las bolitas de carne–. Vi tu vaso con aguamiel volar por la ventana hacia afuera y supuse que había llegado.

Un clásico…

–Vale –Paul agarró la bandeja–. Por cierto, ¿los conoces?

–Algo así –dijo Leilla. Jugaba con el anillo de piedra azul de su mano derecha–. Hablaremos de eso luego.